

llas porque se destacan en medio del polvo. Dejando la amistad ideal á los poetas, para ocuparnos de aquella amistad positiva y realizada que encontramos en la vida, acaso nos suceda lo que al fisiólogo, que avanzando sucesivamente de análisis en análisis, de secreto en secreto en el estudio interminable de la Naturaleza, pierde el entusiasmo por la antigua fé religiosa; pero encuentra en su ciencia un nuevo entusiasmo, el cual no levanta su espíritu ménos que el primero, sobre la vulgaridad de la vida,



LOS AMIGOS



LOS AMIGOS



NTE todo, veamos quiénes son nuestros principales enemigos, y cual es nuestro trato con ellos en la vida ordinaria. Hay un número de amigos típicos á los cuales encontramos diversa, pero ligeramente modificados en casi todos los grupos, como los elementos que forman parte de una compañía dramática. Formémoslos y pasémosles revista. Reconoceremos quizá en cada uno de ellos, alguno de nuestros amigos pasados y actuales y todos juntos nos mostrarán una gran parte de nuestra historia psicológica en la vida comun.

Podremos clasificarlos fácilmente agrupándolos bajo diversas denominaciones, como los amigos intelectuales, los amigos del corazón, los amigos ridículos, los dominadores, los sietemesinos, los incier-

tos, los invisibles, los ásperos, los bruscos, los intruidos, los decaídos y los irascibles. Pero vale más examinarlos sucesivamente, tales como surgen á nuestra mente, con el mismo desórden que representan en la vida.

Hé aquí la compañía.

El primero que se nos presenta es el más temible de todos. Lo podríamos llamar el amigo dominante.

Nos domina naturalmente, sin quererlo y sin abusar de su superioridad lo más mínimo, creciendo al par nuestra sumision y su dominio, el cual suele ser mucho tiempo un enigma para nosotros.

No conseguimos descubrir, sino despues de una larga esperiencia, la razon de su superioridad. ¿En qué nos es superior? No tiene más inteligencia, no tiene más cultura, no tiene más corazon, no tiene más astucia, no tiene más audacia, no tiene más fortuna que nosotros. Tiene una sola cosa: es rigurosísimamente lógico en todos sus actos y en todas sus palabras. Podemos atacarle por todos lados; su organizacion es tan firme y sólida que no se encuentra punto vulnerable por donde descubra una flaqueza. Entre una docena de amigos que se burlan de un ausente, el amigo *dominante* es el único que no se rie; y aquel rostro impassible que al mismo tiempo

expresa y disimula una desaprobacion, queda, por algun tiempo, en nuestra mente y nos hace más efecto que una censura franca y manifiesta.

Podemos decir mil cosas buenas y oportunas que cautivan la atencion de nuestro auditorio; pero si en aquel torrente de palabras se nos escapa alguna puerilidad ó una frase aventurada, él la corrige prudentemente, sin malicia, como quien cumple un deber, con una simple observacion á la cual nada tenemos que oponer, pero que entibia toda nuestra satisfaccion.

Hablando con él, las sutilezas de la palabra y los sofismas no sirven de nada; nos encontramos como desarmados y reducidos casi siempre á defendernos en vez de atacar.

Yéndose continuamente á fondo en nuestras conversacion, nos obliga, á veces, á mostrar la pequeñez de nuestro ingenio y deseando más saber que mostrar lo que sabe, como hombre concienzudo y modesto, nos coloca en una situacion embarazosa y humillante á cada momento, con ciertas preguntas claras y discretas que cierran al amor propio y á la ignorancia toda salida falsa.

En una hora de conversacion, no dice ni veinte palabras, afanándonos nosotros, con mil charlatanerías para hacernos valer, descubrimos con tor-

peza nuestros puntos flacos, de los cuales, viéndolos todos de un golpe, aunque demasiado tarde, quedamos avergonzados y corridos.

No hay manera de cogerlo desprevenido, de sorprenderlo en una ridiculez ó en una indiscrecion. Está siempre en su puesto, en guardia y seguro de sus actos. Lo poco que diga, por sencillo que sea, valdrá algo; y aunque divague, jamás se encuentra en contradiccion.

Si alguna vez cae en error y nos complacemos en mostrárselo, para humillarlo, nuestro placer se frustra al instante, al ver que rectifica espontáneamente, sin esfuerzo, sin una sombra de vergüenza ó de disgusto, y acabamos por avergonzarnos nosotros en vez de él, apercibiéndonos de que no se le ha escapado nuestra maligna complacencia; nuevo indicio de nuestra inferioridad, á la que no sabemos resignarnos.

Mil veces nos proponemos vencerlo, lo asaltamos impetuosamente con armas preparadas y sobre un terreno escogido de antemano; pero él recibe nuestro ataque, sin descomponerse, no sospechando nuestras intenciones, y en vez de aceptar la batalla, permanece en actitud expectante viéndonos combatir solos, con una sonrisa indulgente que nos desarma por completo.

Un día, finalmente, exasperados de su tranquila persistencia en una opinion justa, en la cual hemos cometido la imprudencia de salirle al encuentro, le dirigimos de pronto una palabra ofensiva. ¡Ah, esta vez lo hemos hecho de veras! Alzando los ojos para consultar su cara, reparamos que hemos herido su bondad y no su orgullo; y que en vez de lanzarle una provocacion de caballeros, le hemos dirigido un grosero reto.

Su rostro, que esperábamos ver montado en cólera, no expresa más que una sorpresa desagradable y una censura benévola y triste, que nos hace bajar la cabeza.

Entonces nos sentimos aun más forzados á reconocer que él ejerce su dominio sobre nosotros, y nos decimos á nosotros mismos:

—Sí, tendrá, es verdad, el ingenio y la fortaleza, la ciencia y el vigor, el talento y la superioridad, la reputacion y la astucia; pero el verdadero hombre está por encima de todo esto. Está en carácter.

Él es más hombre que nosotros.



Otro tipo de amigo: es *el amigo diplomático*.

Somos diferentes por muchos conceptos: nos une una sola relación, ó, más bien, un hilo sólo, sobre el cual nuestra amistad se sostiene en equilibrio, como un funámbulo sobre la cuerda.

Fuera de esta relación no nos entendemos ni es posible inteligencia alguna entre nosotros, que nos salgamos por la tangente con una de esas frases de cajón que no dicen nada, y así salimos del paso siempre que ocurra.

A todo lo que dice el uno asiente el otro por deferencia; pero de pasada, para no comprometer su opinión, cruzándose entre nosotros miradas de inteligencia.

Nuestras conversaciones van intercaladas de cumplimientos, de cortesías frívolas, de exclamaciones de fingida admiración ó de complacencia fingida, y acompañadas de un diálogo unido de miradas que continuamente desmienten ó rectifican el senti-

do de las palabras, mientras las muestras de aquiescencia que hacemos con la cabeza contraen las negativas y rectificaciones.

Y, sin embargo, estamos juntos con gusto; nos satisfacemos ambos con aquel ejercicio gimnástico al que nos obligamos, á veces útil para la inteligencia y para la palabra.

Abandonándonos á esta queja quedamos satisfechos de nosotros mismos porque nos prueba que sabemos vivir en el mundo. Viéndonos de lejos, nos saludamos con un movimiento de mano muy expresivo.

Cuando nos encontramos nos queremos dejar la derecha mutuamente y nos cuesta una *contradanza*, seguir cada uno nuestro camino.

En invierno, somos objeto de las maldiciones de los concurrentes al café, cuando, por cedernos mutuamente el paso, dejamos la puerta mucho tiempo abierta.

Los hechos de nuestra vida, poco ó nada nos importan recíprocamente; pero á la noticia de la menor contrariedad, él no acaba nunca de expresarnos su aflicción y la noticia de su más pequeña ventura, nos alegra vivísimamente manifestádoselo así repetidamente; sobreentendiendo uno y otro la exajeración de nuestros sentimientos por temor de que manifestán-

dolo moderadamente, resultara pálida para una refinada cortesía.

En suma, somos amigos, exigiendo nuestro trato este trabajo de acomodación, así como dos tuertos tienen que volverse ambos la cabeza para mirarse.

Y pasan así los años, sin que se cambie el mecanismo de nuestra enemistad.

Pueden acentuarse nuestras diferencias de ideas ó carácter; pero esta misma causa hace que nos perfeccionemos también en el arte del disimulo y se hace, por otra parte, más sólido el único vínculo que nos une.

Para tener un choque nos falta la primera condición, que es el terreno.

El no trata á nuestros enemigos, que á su vez, no conocen á los suyos; vive en su esfera que nos es, cordialmente antipática, como la nuestra le es á él; encontrándonos y tratándonos, como cortesces embajadores en la frontera de estados enemigos.

Una sola vez estuvimos á punto de chocar; pero nos retiramos ambos á tiempo espantados ante la idea de ver derrumbarse en un momento, el edificio levantado con tanta habilidad y trabajo tanto, y nos pusimos precipitadamente de acuerdo, fingiendo habernos equívocado. En fin, es una amistad que tiene también sus encantos; uno es siempre para el

otro un personaje nuevo, medio oculto en las sombras y rodeado de nebulosos misterios que despiertan el sentimiento de la amistad, y conservan su frescura.

Nos llamamos mutuamente con el nombre de nuestra profesión; el uno tiene un gran concepto, de la dificultad, de la nobleza y de la importancia de la profesión del otro; nos cambiamos alabanzas que nos satisfacen, rechazándolas vigorosamente y devolviéndolas casi con las mismas palabras; cada uno de nosotros habla bien del otro en el círculo de los amigos con términos respetuosos y correctos; no tenemos que recordar de él una palabra agria; la nave de nuestra amistad, corre suavemente en un agua tranquila como balsa de aceite, sin dejarnos nada que desear.

Cuando nos ponemos malos, nuestro amigo manda diariamente á preguntar por nuestra salud; á nuestra muerte, no llorará ciertamente; pero llevará la mano á sus ojos con deseo sincero de poderla retirar humedecida.

*
* * *

Este otro amigo, es una copia nuestra reducida; un hermano menor que tiene todas nuestras cualidades y todas nuestras tendencias, ménos marcadas; pero proporcionadas entre sí con la misma armonía, de donde nace una semejanza admirable de afecto, de simpatía, de costumbres y de maneras; pero siendo de una índole más suave y más flexible que la nuestra, la dominamos. Nuestra amistad no solamente lo liga sino que lo absorbe.

Encuentra en nuestros actos tan exactamente reflejada su voluntad, en nuestras palabras sus pensamientos, sus sentimientos en nuestras expansiones, que su personalidad se pierde en la nuestra y parece que su alma, si pudiera, la infundiría en la nuestra, para que viviésemos nosotros por cuenta suya. Goza en nuestras satisfacciones como en las suyas propias, se atempera á las alternativas á nuestro humor, habla un lenguaje intercalado de frases y palabras nuestras y el fondo de sus conversaciones, está casi todo formado.

de materiales nuestros que poco á poco, se ha ido apropiando.

Desde que lo conocimos, no nos ha contradicho una sola vez, porque si expresamos alguna opinion de la cual discute, calla ó aprueba contra su conciencia, ó porque le parece increíble que le engañemos ó porque quiere evitar la menor contradiccion. Ocupamos para él el lugar de cien amigos. Nos sigue como la sombra al cuerpo, se encuentra en nuestra casa sin darse él cuenta de ello como impulsado por un instinto.

Mientras le hablamos, su mirada fija y penetrante, llena de simpatía, se fija en la nuestra con una sonrisa fija y creciente, y toda su persona, sus movimientos todos, su alma entera, dan señales de asentimiento. No hay, sin embargo, una sombra de adulacion en sus palabras ni en sus maneras. En su rostro brilla una expresion tan afectuosa, hay una claridad tan serena en su mirada, sus palabras brotan tan expresivamente del corazon acudiendo á los lábios, inspiradas en una delicadeza tan sincera y tan franca, que parecería una ingratitud sospechar en él segunda intencion. Y despues de todo ¿qué intencion?

El no quiere otra cosa que nuestro afecto y el que nos tiene es casi un segundo amor de sí propio.

Nuestros enemigos son los suyos, y le causan.

31039

más lástima que cólera, y aun más admiracion que lástima, pues no comprende que podamos tener enemigos.

Su cariño es ciego é indomable.

Sus alabanzas, en nuestra ausencia, son tan exageradas que provocan la risa de nuestros más íntimos amigos; y él ni se aflige ni se enfada.

En cualquiera ocasion que lo necesitamos lo encontramos propicio para los más humildes servicios y para los mayores sacrificios.

No exige, en compensacion, más que familiaridad y amistad íntima; se ha colocado por bajo de nosotros voluntariamente y no quiere moverse de su sitio.

A veces esta amistad tan fácil, tan suave, que nada nos cuesta y que disimula nuestros defectos, nos fastidia, y cuando queremos provocarlo con la contradiccion, cuando nos ingeniamos para irritarlo y exasperarlo, la tristeza que muestra su semblante nos obliga á desistir de ello, ántes de conseguir nuestro intento.

Otras veces probamos, con maliciosa complacencia, decaer de su estimacion revelándole y exagerándole nuestros defectos, que él ignoraba; pero su sonrisa incrédula y benévola nos hace renunciar á la empresa.

Otras veces aun, porque es así nuestra condicion, porque necesitamos que se nos contrarie hasta en el trato más íntimo y el alma se relaja con esta libertad ilimitada, llegamos á ser verdaderamente duros y fríos con él y lo rechazamos como un adulator ó un enemigo. Pero él es constante, nos perdona, se vuelve á acercar lentamente, esperando, en silencio, que le tendamos la mano.

Y finalmente, esta constancia nos vence, hace que nos arrepintamos, volviendo á él con más afecto que ántes, y sucede, á veces, que conociendo y experimentando todos los tesoros de cariño y de bondad que hay en su corazon, acabamos no sólo por quererle, sino hasta por admirarlo y sentir por él una gratitud y un respeto que nos hace prorumpir, en ocasion dada, en palabras afectuosas, á las que no está acostumbrado, que lo dejan admirado, confuso y reconocido.

Pero esto puede decirse que no es ya una amistad; el cariño que nos liga entra casi en el orden de los afectos de familia; viene á ser un cariño filial que se corresponde con las más tiernas demostraciones.



Hay otro amigo que tiene muchas buenas cualidades de inteligencia y de corazón y que nos ha dado más de una prueba de buena amistad; pero esta hermosa fruta está roída por un gusano.

Una especie de fatalidad hace que todo suceso nuestro, por pequeño que sea, que nos produzca honra ó provecho, aunque sea poco, aunque lo debamos á nosotros mismos y solo él lo conozca, le hace el efecto de un golpe en la cabeza ó una herida en el corazón.

No tiene remedio. La enfermedad es profunda, congénita en él, infundida en su sangre y en sus huesos, como una polilla, y no hay virtud humana capaz de anunciársela.

Esta pasión de la envidia no tiene límites; está igualmente celoso de los amigos y de los desconocidos, de los superiores y de los inferiores, de los jóvenes y de los viejos, en todas las esferas del pensamiento y de la actividad humana, es rival

de toda la humanidad; siente como una humillación ó como una desgracia propia, todas las glorias y todas las fortunas; desde la gloria del artista célebre que obtiene medalla de honor en la Exposición, hasta la del estudiante que obtiene el primer premio en su clase; desde la fortuna del que sólo se conoce de vista que ha heredado millones, á la del amigo conocido que obtiene una aproximación en la Lotería.

En medio de la más cordial conversación, una indicación que hacemos de un mérito nuestro, ó de una alabanza recibida le hace cambiar de semblante; es superior á sus fuerzas prorumpir en una expresión de enhorabuena.

Se comprende que hace un esfuerzo poderoso para acallar este sentimiento; se ve que se avergüenza y que sufre inútilmente; no puede dominarse ni fingir, y precisado á mostrar el semblante natural, su fisonomía se dilata.

Si rebajamos en la conversación la importancia de tal mérito, se rehace; si oponemos ciertas restricciones que destruyan aquellas alabanzas, toda su cara manifiesta gratitud; respira, vuelve á hablar con franqueza y con soltura y se queda tan satisfecho.

Sin que nos diga una sola palabra adivinamos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA AMY-OTISIA

1913

1625 MONTAÑEY, MEXICO

todas las luchas y los tormentos todos de su alma.

Si nos sobreviene una contrariedad pública, en nuestro amor propio, al día siguiente es el primero que viene á buscarnos, no contristado por lo que nos ha ocurrido, sino impulsado por un afecto más vivo que el que nos tenía antes, como si aquel contratiempo hubiese quitado un obstáculo á nuestra amistad y las palabras delicadas y generosas que nos dice precipitadamente apretándonos la mano son verdaderas y sinceras.

Al día siguiente de un triunfo, es el primero en venir, pero marcando en su rostro la expresion de la envidia; viene como el miedoso que se arroja al peligro para tomar de una vez en nuestra presencia la pocion amarguísima que lejos de nosotros debería tragar gota á gota.

Fuera de estas pequeñeces, es un excelente amigo y es bueno á pesar de su envidia; no es capaz, jamás, de cometer ninguna accion baja por quitar á alguien algo que le envidia.

Poco á poco concluye por perdonársele su defecto, del cual él solo es la víctima, y está bastante castigado con sus sufrimientos propios.

Mientras al principio nos complacíamos en atormentarle, despues ocultamos con cuidado todo lo

que pueda molestarle, callando escrupulosamente cuanto pueda redundar en nuestra honra. Y él viene en nuestra ayuda, por su parte, procurando desviar la conversacion cuando se dirige por ese camino y la lleva las más veces á objetos tristes; la muerte de una persona querida, una pena propia, las calamidades de la vida, con lo cual indirectamente dá á entender cuán vanas y fugaces son nuestras satisfacciones, ó sale de un golpe celebrando con palabras entusiastas á un hombre verdaderamente grande, famoso y afortunado, al lado de cuyas glorias las nuestras deben aparecer tan mezquinas que no nos atrevemos ya á hablar de ellas?

Alguna vez viéndolo aguzar la imaginacion y atormentarse, no para ofendernos, sino para defenderse á sí propio, sinceramente persuadido de que no nos apercibimos del juego, experimentamos hácia él un sentimiento de verdadera compasion que aumenta el cariño y sentimos impulso de echarle el brazo por cima y decirle mirándolo con fijeza, con la intimidad que á un hermano;—amigo, cúrate de este defecto tan pequeño y tan mezquino que tanto atormenta, tú que tienes este defecto solo. ¡Te falta tan poco para ser mi amigo perfecto! Pero no; sería inferirle una herida mortal y no tenemos valor para hacerlo.

Y continuamos tratándolo tal cual es, considerando que despues de todo, no es más que un enfermo grave de una dolencia de la cual todos tenemos algo y que debe querernos muy de veras si persiste en su cariño á pesar de lo mal que se la hemos jugado tantas veces.

*
* *

Hay el amigo dulce, el amigo acre, el amigo expresivo, el amigo tibio y hay tambien el amigo *belado*.

De qué modo hemos conseguido sacar la forma de un amigo de esta masa de hielo, en torno de la cual tantos otros se han quedado con las manos yertas, no lo sabemos decir. Pero más bien que una forma que él nos ofrezca ya dada, hay aquí una forma que él ya tenía y que veíamos nosotros solos mirándola desde un determinado punto de vista.

El hecho es, que lo prueba á su manera un cierto afecto hácia nosotros: le hemos advertido á veces, en el momento de partir para un largo viaje en un estremecimiento de su labio inferior, mientras nos decía *adios* con su acostumbrada cara de piedra.

Nos quiere de veras; no buscaría nuestra compañía si no fuese así y no estaría horas enteras á nuestro lado como lo está, sin jamás dar muestras de cansancio; pero él detesta más aún que todas las

cosas detestables, las demostraciones de afecto. Para él son miserias vergonzosas, vilezas, lascivias del corazón, indignas de un hombre; negaciones del sentimiento que quieren expresar imposturas, cortesanas de la amistad que repugnan á su estómago.

Esconde el sentimiento de la amistad con el mismo pudor salvaje con que el adolescente llegado á la pubertad, oculta sus primeros afectos y sus primeros deseos amorosos. Más aún, no quiere ni dar el nombre de cariño al sentimiento que le une á nosotros; dentro de sí rechaza aquella palabra, ó más bien, no quiere ni escudriñar ni definir el propio sentimiento; está con nosotros porque necesita estar con alguien y nos prefiere á los otros porque nos encuentra mejores á su juicio: una mayor conformidad de ideas, una más amplia tolerancia á su forma, una compañía, en suma, que lo toma tal cual es, sin hostigarlo con las pretensiones del corazón.

Y nos es fidelísimo. Todas las tardes á la misma hora le encontramos allí, sentado á su acostumbrada mesa, con el mismo periódico, con el cual se aburre todos los días; y desde el umbral de la puerta lo saludamos con una sonrisa que espera para devolvérsela con un ligerísimo movimiento de los labios cuando estemos sentados á su lado.

En todo nos dá la ^{misma} amistad, una media mirada por la calle, medio período en la conversacion, la punta de los dedos al despedirnos, una carta de tres renglones cuando está fuera, un saludo con un movimiento de cabeza; la desaprobacion con una mirada de asombro, el pésame con un pequeño y forzado suspiro; en sus momentos de mayor expansion, llega hasta aparentar que nos vá á dar un golpe en el pecho con el índice de su mano derecha que retirará sin tocarnos volviendo á tomar su seriedad habitual.

Nos paseamos juntos muy á gusto á cualquier hora sin decirnos nada, un poco distantes el uno del otro, bamboleándonos como dos colegiales enfadados, obligados á ir próximos en las filas de la seccion en el paseo de los domingos.

Algunas veces, sin embargo, irritados por aquella frialdad, lo cogemos por un brazo y le damos una sacudida, apretando los dientes como para decirle: "avíate en nombre de Dios." Pero él se deja sacudir como un cuerpo muerto y nos dirige una mirada que quiere decir que es inútil y que desea que dejemos en paz.

A veces siente de pronto una especie de gratitud hácia nosotros y se fija con una mirada larga que expresa cierta admiracion entre burlona y benévola por la singularidad de nuestro carácter en

obstinarnos en parecer bien á un ente tan original. Pero no expresa jamás este sentimiento con palabras.

Vive en una fingida niebla de indiferencia y de aburrimiento en la cual nuestra amistad se le aparece vagamente como una sombra que rompe un poco la monotonía del infinito horizonte que lo circunda.

Bueno en el fondo á pesar de esto, es incapaz de un sentimiento triste y vulgar; pero no tanto por verdadera virtud, como porque teniendo los mismos sentimientos que otros muchos, no quiere tomarse el trabajo de abrir las puertas de su corazón.

Si le pedimos un sacrificio por nosotros, lo hace sin esfuerzo, casi sin darse cuenta de ello y molestado por un solo pensamiento: tener que sufrir despues las demostraciones de nuestra gratitud.

Y así nuestra amistad sigue su marcha, muda, oculta, en un estado de dormi-vela con la cabeza baja y los ojos medio cerrados.

Si una desgracia nos ocurre en cuarenta y ocho horas, nuestro amigo, recibida la noticia, permanece media hora inmóvil en la mesa con la mano en la frente y los ojos fijos en el suelo y esta sería la más cariñosa oracion fúnebre que hubiera hecho en su vida.

*
* *

Hay tambien el amigo *explosivo*, un buen hombre, de condieion buena y generosa, pero una fie-ra cruel é indomable cuando se le sube la sangre á la cabeza; y se le sube á cada momento. Es como aquellos vegetales rodeados de una atmósfera gaseosa, la cual al acercarle azufre, se inflama y centellea como un castillo de fuego.

Por la más mínima cosa nos hace entrever la amenaza de un duelo.

Hablando con él, vemos siempre flotar sobre nuestra cabeza la enorme arma del espadachin; de repente, en una conversacion tranquila, se siente la explosion de una mina; es él que ha tomado una palabra en sentido ofensivo. Pero con la misma facilidad que se enfurece, se aquieta y el arrepentimiento sigue casi siempre al pecado inmediatamente.

La historia de sus amistades, es una série no interrumpida de ofensas y reparaciones, de amenazas y de excusas, de desafíos y reconciliaciones; pero aquellas

son siempre hechas por primer impulso y estas son siempre nobles y generosas.

Saliendo con él una noche de casa de un amigo donde delante de muchas gentes, en el calor de la discusión, nos había lanzado al rostro una insolencia que exigía buscar padrinos en el acto, de pronto, ya por la escalera, en la oscuridad, sentimos que nos dá un apretado abrazo de reconciliación.

Se avergüenza de sí y se golpea la cabeza con los puños, pero ¿para qué? Con nada que haga consiguie corregir su endiablada naturaleza.

Hay algo dentro de él que salta al menor rozamiento como un muelle de acero y lo levanta un palmo sobre la silla con dos saetas en los ojos y la ira de Dios en la garganta.

Y su carácter suspicaz dá continuo pasto á sus iras relampagueadoras y tempetuosas.

Siempre tiene abierto un registro para ajustar las cuentas á su amigo.

A uno tiene que decirle en su cara cuatro verdades que nunca le han dicho; á otro, piensa devolver puntualmente en la primer ocasion un solemne desaire que le tiene guardado desde hace un año; para un tercero, tiene un pinchazo, que le dejará un recuerdo para mientras viva; á un cuarto tiene abso-

luta necesidad de esperarlo mañana á la salida del teatro para pedirle una explicación.

En la tertulia de la tarde mientras se habla de todo ménos de su persona, sospecha alusiones secretas, conformidades misteriosas, burlas sobreentendidas, y gira sus ojos de uno en otro sacudiendo la cabeza y esperando impacientemente el momento de dar fuego á la pólvora.

Pero todo esto, acaba casi siempre pacíficamente. Una palmadita amistosa que se le dá en la espalda en ocasion oportuna disipa en un momento todas aquellas nubes cargadas de tempestad: él no tiene sobre su conciencia más que tres duelos y tres rasguños por los cuales hace quince visitas de pésame. Pero una hora después estamos como al principio; tiene necesidad de cojer á alguno y llevarlo al terreno.

Nada hay tan gracioso como los días que se levanta con el propósito de dominarse á sí mismo. Entonces mira á todos, amigos y enemigos, con un aire benigno de pastor evangélico y deja oír inflexiones nuevas de voz curiosísimas que semejan á ciertos sonidos infantiles de viejos que quieren gritar, y en la tertulia acostumbrada, cuando álguien le contradice, se propone oírlo en silencio, con los ojos fijos en su taza de café, con una sonrisa forzada, haciendo crujir los huesos de su mano sobre la mesa; pero la ira comprimi-

mida ya en un fondo hirviente y murmurador, le sube á la cabeza en ondas de sangre que le hinchán los ojos y le bañan la frente de sudor, tanto, que dan ganas de gritarle: "¡desahógate, desgraciado, ó revienta como un perro!"—Y al fin, es menester que se desahogue.

Nuestra amistad con él se mantiene á fuerza de equilibrios, como Dios quiere, pero no podemos odiarlo nunca aún cuando nos haya ofendido.

Después de un mes de estar reunidos, una mañana nos busca en casa, humilde, confesándonos que era un bruto, y entonces le tendemos la mano conmovidos y reconviéndonos por no haber ido nosotros á buscarle.

Y él nos jura y perjura alzando la voz estentórea y amenazando romper la mesa con sus puños, no dejarse vencer ya más de su naturaleza brutal..... que lo vence en aquel momento.

*
* *

Hay también *el amigo ingenuo*.

Es bueno, cariñoso con nosotros, lleno de ingenio, un poco mal humorado; tiene un sólo defecto: el de ser atrozmente sincero; de decir todo lo que piensa de nosotros, hasta los más íntimos pensamientos, cualquiera que sean, ó de aquellos que nos hacen dar un salto, no sabiendo si darle las gracias por su sinceridad ú ofendernos por su insolencia.

¿Qué queremos? Está acometido del furor de decir la verdad.

¿Cómo ha llegado á este extremo por nosotros? No lo recordamos ya; un día, debe haber dicho por primera vez una verdad desagradable, contra la cual no nos hemos atrevido á revolvernos, porque nos hervía un consentimiento tácito en la mirada; y desde aquel día estamos en su poder.

¡Ah, es verdaderamente un hombre terrible!

Con todos los amigos hay un cierto convenio

oculto. Algo sobreentendido que no se dice y que otros aparentan creerlo, aunque el rostro del que lo diga nos haga dudar de ello; ciertos defectos que se echan en cara; un ligerísimo velo necesario para salvar ciertos delicadísimos lados del amor propio, se extiende aun ante los amigos más íntimos y sinceros.

Pero con él, no hay ni siquiera este velo.

Están fijos en los nuestros sus ojos traviosos, á los cuales no se les escapa nada, y si la expresion de nuestra mirada no corresponde al sentido de la conversacion nuestra, nos interrumpe para decirnos una palabra clara y redonda, la que verdaderamente querríamos y deberíamos decir, censurándonos bruscamente nuestra doblez aun en la cosa más inocente.

Nos sondea hasta lo más profundo del alma con la mirada, y con la pregunta nos saca á viva fuerza pensamientos innobles, malignos sentimientos, vanidades pueriles, pequeñas hipocresías y vergüenzas raquílicas que creíamos ocultar en una oscuridad inexcrutable.

Hace todas estas observaciones con tal seguridad de juicio y de palabra, que es inútil intentar negar ni defenderse; el rubor nos hace traicion y el despecho nos paraliza la lengua, en suma.

Él no nos estima ménos que los otros; pues no hace otra cosa que decir lo que otros piensan.

Y habla tambien de sí propio con la misma franqueza.

Pero, por esto mismo, quiere que nosotros hagamos lo que él: lo muestra todo, y todo quiere verlo, no se presta á hacer comedias, no reconoce secretos ni pudores; en una hora de conversacion se vacia á sí mismo como un saco y vuelve del revés al amigo como á un guante.

Pero, por mucho tiempo, es una amistad bastante dura; á veces nos deja desconcertados, humillados, indignados contra nosotros mismos; furiosos contra él, encolerizados, con mil propósitos de venganza y de enemistad, y acompañándolo á la puerta de nuestra casa, miéntras va delante, nos sentimos acometidos de una tentacion violenta de echarlo á puntapiés.

Pero, de aquí en adelante, es demasiado tarde para romper esta amistad, sería una pusilanidad de niño; por otra parte, teniendo estos motivos de resentimiento nos sentimos obligados á estimarle. Lo que le hace desagradable como amigo, en el fondo le honra como hombre.

Sabemos quien es, tenemos en la mano todos sus secretos y estamos seguros de él.

Después, poco á poco, nos habituamos á aquella ingenuidad; advertimos que nos causa bienes, que nos mejora interiormente y que nos hace más puros y más francos, acabamos por experimentar, después de haber estado con él, un sentimiento de alivio en la conciencia, como si hubiésemos confesado alguna grave falta á alguien de quien nos pesara perder la estimación.

No es esto sólo, sino que sentimos un placer en prevenirlo enmascarando espontáneamente nuestras faltas, presentándonos para él por lo que valemos; y gozamos entonces en su compañía una libertad y una tranquilidad de espíritu, tanto más agradable cuanto más penosa é irritante era la sumisión en que nos tenía al principio.

Tenemos en él al amigo maestro, al amigo confidente, al amigo conciliador; es él el amigo médico que nos cura con hierro y con fuego, sin interés, solo por amor al arte.

Y para tener esta misma sinceridad con otros amigos, basta su imagen, la cual se nos presenta de repente con los ojos fijos y con el dedo apuntando hácia nosotros en el momento de decir:

—¡Mira que te oigo, impostor!

*
* *

Este otro es una copa de oro, pero llena de ópio. Nos ha hecho muchos servicios, es un modelo de cortesía, no podeis ménos de mostraros agradecidos á él: pero ¡qué remedio! empalaga al estómago. Su compañía nos hace sufrir por lo regular la presión de 300 atmósferas.

Todo lo que hay más trillado, más flojo, más desagradablemente insípido en los varios objetos de las conversaciones de los hombres, es el material ordinario de sus palabras.

No es una inteligencia enteramente nula; tiene precisamente aquellas ideas que son indispensables para ser pesada una criatura, pues hasta los verdaderamente tontos nos divierten.

No dice ninguna tontería ni despropósito; es constante y cruelmente razonable, pero teneis que comprimiros las mejillas con ambas manos para sofocar los continuos bostezos que os salen de lo más profundo del alma, cuando con un tono de voz sordo y mo-